

cido pomposos elogios á los oradores modernos que las usaron, pero cuya invencion es debida á los Santos Padres.

Massillon, en su sermón sobre la mezcla de los buenos y de los malos: «El justo puede condenar confiadamente en los demás lo que él se prohíbe á sí mismo; sus instrucciones no se avergüenzan de su conducta.» Maury dice que esta atrevida metáfora hubiera admirado á Racine, sin ofender quizá su delicado gusto (1): ignoraba sin duda el crítico francés que Tertuliano había dicho muchos siglos antes: «Ne dicta factis deficientibus erubescant;» y que San Jerónimo escribía á Nepociano: «Non confundant opera tua sermonem tuum.» Siendo de notar que estos Padres se proponían expresar la misma idea que Massillon.

Flequier, hablando de Judas Macabeo: «murió sepultado en su propia gloria.» Batteux elogia mucho esta frase; el P. Houdry dice que Flequier la tomó de Lingen-des; Maury observa que este último la había copiado de Mascaron: y pudiera haber añadido que Boismont se sirvió de ella, sin citar tampoco á nadie: sólo Villemain, que sepamos, ha notado que San Ambrosio, hablando de la muerte de Eleázaro, había dicho: «Cujus (elephanti) ruina inclusus magis quam oppressus, suo est sepultus triumpho (2).»

Compara Bossuet á Enriqueta de Inglaterra con una columna maciza, que permanece inmóvil cuando cae sobre ella el edificio que la misma sostenía. «Yo no he visto, dice Maury, comparacion más magnífica, ni en Homero (3).» Sea; pero la idea está en dos metáforas que leemos en los Santos Padres. San Jerónimo, copiando á Virgilio, escribía á Heliodoro: «Dicant si volunt, et grammatici in te omnis domus inclinata recumbit.» San Juan Crisóstomo, predicando sobre la reprension dirigida por

(1) Massillon, sermón XX para el mártir de la tercera semana de Cuaresma.—Migne, tom. XLII, pág. 728.—Maury, ensayo XLI, pág. 154.

(2) Flequier, oracion fúnebre de Turena, coleccion de clásicos franceses, pág. 38.—Batteux, tratado IX, sec. IV, cap. III, tom. VII, pág. 42.—Houdry, Lingendes, Mascaron y Maury, que cita á los anteriores en sus ensayos, nota XII, pág. 561.—Boismont, sermón de la caridad, Migne, tom. LXV, pág. 747.—Villemain: *Oraciones fúnebres selectas*.

(3) *Oracion fúnebre de la reina de Inglaterra*, ed. de París 1823, pág. 43.—Maury, ensayo XLII, pág. 155.

San Pablo á San Pedro, decía: «Numquid unumquemque vestrum hoc conturbat, dum audit Petro restitisse Paulum. Columnas scilicet Ecclesiae inter se collidi, atque in se invicem incurrere? Siquidem verae columnae sunt isti qui fidei tectum sustinent, et gestant.»

Una locucion, compuesta de varias metáforas, se llama alegoría. Es bella sin duda y puede servir de modelo la que hace Bossuet, presentando la vida del hombre como un viaje: admirable y soberbia la llama Maury; estamos de acuerdo; pero no lo estamos con la exageracion de que sólo Bossuet era capaz de inventarla, explicarla en presencia de una corte, y sobre todo de sostenerla desde el principio hasta el fin con admirable fuerza de imaginacion (1). Dejando aparte á Lactancio y San Juan Crisóstomo, que usaron ya la misma alegoría, en dos pasajes la presenta bajo distintas y bellísimas formas San Basilio, de quien indudablemente la tomó Bossuet, puesto que, no sólo imitó la idea, sino que copió literalmente algunas de sus expresiones. También San Ambrosio, al emplearla, imitó á San Basilio, si no nos equivocamos.

Un literato francés (2) elogia mucho la siguiente alegoría, que atribuye á Flequier, hablando de Turena: «Sus virtudes le adornaron con aquella flor que esparce un olor más agradable que los perfumes sobre una hermosa vida.» Sea el que quiera el mérito de esta figura, es preciso confesar que la idea no es nueva, pues la encontramos en los Libros Santos, y la explicaron muchos Santos Padres, entre los cuales recordamos ahora al Crisóstomo, San Gregorio M. y San Bernardo.

LECCION XXV.

De las figuras de pasion.

Reciben este nombre ciertas locuciones en que naturalmente prorrumpe el orador enseñoreado de vivos afectos; las principales son: exclamacion, apóstrofe, obsecracion, prosopopeya, optacion, imprecacion y conminacion.

(1) Bossuet, sermón para el día de Pascua, tomo VIII, pág. 236.—Maury, ensayo XVIII, pág. 32.

(2) M. Lafont: *Elementos de literatura*, pág. 36.—Tolosa de Francia, 1838.

La exclamacion es el grito de las pasiones, la vehemente expresion de los afectos del corazon: suele ir acompañada de interjecciones, que, á juicio de San Agustin, son ciertas palabras que de ningun idioma pueden ser traducidas á otro, porque no expresan idea alguna, sino tan sólo el movimiento del ánimo: «Magis affectum indicans, quam rem aliquam significans... velut cum dolentes dicimus, heu! Vel cum delectamur, vah...!» etc.

Cuando el orador parece que abandona á su auditorio y se convierte á otro objeto presente ó ausente, comete la figura llamada apóstrofe. El Nazianceno, en un discurso elocuentísimo, logró, como se proponia, hacer para siempre memorable la ignominia de Juliano: «Quasi in columna insculptam ipsius ignominiam posteris relinquemus.» Apostrofa al tirano, á Constancio (1), á las leyes, á los legisladores y á otras personas y objetos que naturalmente se ofrecian al espíritu exaltado del grande orador, ocupado en pintar con valor y maestria los sucesos de una época reciente é infausta para la Religion. San Agustin y San Juan Crisóstomo acostumbraban dirigirse al Señor ó á sus Santos con éstos ó parecidos apóstrofes: «Quid hoc, bone Domine! etc. O Domine, quomodo consolaris, quomodo confortas, quomodo terres? etc. Responde, Apostole: responde, obsecro te... o apostole...!» etc.

Si el orador atribuye á objetos inanimados ó incorpóreos, ó abstractos, calidades ó acciones propias de seres animados, y en especial del hombre, comete la figura que se llama prosopopeya ó personificacion: ésta tiene tres grados, que son el atribuir á dichos objetos propiedades de seres animados, el presentarlos en accion, y el suponerlos capaces de oirnos ó introducirlos en la oracion hablando.

La prosopopeya en este último gradó es la más sublime, atrevida y pomposa de todas las figuras: supone en el orador grande entusiasmo y muy apasionada mocion. Los Libros Santos abundan en sublimes é incomparables personificaciones. San Agustin y el Crisóstomo, exponiendo algunas de ellas, han explicado la naturaleza de

(1) Los elogios que en esta oracion se hacen de Constancio son inmerecidos. En esta época el Santo Doctor no habia formado aún el juicio exacto que formó más adelante, del veleidoso Emperador que durante su vida favoreció alguna vez y persiguió más á menudo á los católicos, y cuya penitencia á la hora de la muerte es muy dudosa.

esta locucion, su objeto y cuál debe ser el estado del ánimo del orador que se sirve de ella.

San Agustin usa de esta forma en un sermón para describir la lucha interior de un pecador combatido á la vez por dos pasiones exigentes, la lujuria y la avaricia: pero la personificacion más noble, más rica en el fondo y más delicada en sus formas de cuantas hemos leído, es la de aquel pasaje en que el Santo Doctor, recordando los dolores de su conversion, personifica las pasiones y la virtud santa de la continencia, hablando á su atribulado y vacilante corazon.

Esta figura requiere mucha destreza y buen juicio en el que la maneja; no es raro ver elogiadas algunas personificaciones que, bien examinadas, dejan mucho que desear, porque tienen más brillo que solidez. Flechier, en el exordio de la oracion fúnebre de M. de Montausier, protestando que no quiere exagerar las virtudes de su héroe, dice: «Ese sepulcro se abriria, esos huesos se unirian y reanimarian para decirme: ¿por qué vienes tú á mentir por mí, que jamás mentí por nadie?» En la coleccion de clásicos franceses dirigida por el académico Auger, se afirma que esta prosopopeya «es una de las más magnificas que conoce la elocuencia (1).» No hay duda que es muy brillante; pero eso de unirse los huesos y reanimarse para desmentir al orador, nos parece de mal efecto; más naturalidad, si bien ménos brillo, encontramos en aquel pasaje en que San Jerónimo, despues de hablar de la modestia en vestir que distinguió la vida de Blesilla, al referir sus funerales y notar el paño de oro que cubria su féretro, introduce á la misma Blesilla protestando contra aquel lujo funerario: «Videbatur mihi tunc clamare de cœlo: non agnoscō vestes: amictus iste non meus; hic ornatus alienus est.»

Ménos apasionado supone el ánimo del orador la figura que se llama optacion: es la expresion del vehemente deseo de alguna cosa: merece estudiarse un largo y elocuente pasaje del Crisóstomo, en que, al paso que hace un cumplido elogio del Apóstol, repite muchas veces, y siempre con novedad, esta figura; el trozo á que aludimos comienza: «Quis mihi nunc dederit ut corpus Pauli circumplexar, et sepulcro hæream, ut pulverem videam...!» etc.

(1) Coleccion de clásicos, etc., pág. 285.

Quando lo que se desea es un mal para sí mismo ó para los oyentes, hay lo que se llama imprecacion, y conminacion cuando se amenaza con males graves y terribles castigos.

No nos detendremos á explicar el verdadero sentido de las tremendas conminaciones y vigorosas imprecaciones que usaron los escritores sagrados, porque estas explicaciones corresponden á la sagrada Teología; el orador que lea los sermones de San Agustin sobre los Salmos, adquirirá la verdadera doctrina sobre el particular.

Lo que debe tener muy presente el orador es que la conminacion y la imprecacion, armas poderosas para despertar de su letargo al pecador, debe manejarlas con mucha prudencia, no sea que un celo indiscreto desespere al pecador endurecido, en vez de salvarle; el corazon de éste balancea entre el temor y la esperanza; al uno y á la otra debe atender el predicador del Evangelio, cuyo móvil constante debe ser la caridad.

Sabido es con cuánta vehemencia solia predicar de la muerte; y más aún del juicio final, el Padre San Efren, llamado por antonomasia EL PREDICADOR DEL JUICIO: pintábase con tal viveza, que, como dice San Gregorio Niseno, «aliud nihil videatur deesse, nisi ut res ipsa agatur ac coram fiat.» Sin embargo, el sublime misionero de la Siria templaba sus aterradoras conminaciones con las tiernas y consoladoras ideas de la misericordia divina. En uno de aquellos terríficos diálogos en que, apremiado por las preguntas de su auditorio, respondia con las lágrimas, en el que lleva por título DE ABRENTIATIONE IN SACRO BAPTISMATE FACTA, concluye comentando el «Venite ad me omnes qui laboratis,» y otros parecidos lugares, con cuyos comentarios derrama en el corazon de su amedrentado auditorio las dulzuras inefables de la esperanza cristiana.

Prediquemos, decia San Agustin, las austeras y sabdables verdades de la Religion, sin que nos detenga el temor de desagradar á nuestros oyentes, como la madre más amante aplica á su hijo enfermo, aunque éste lo repugne, cáusticos dolorosos: apliquemos el hierro, aunque la mano del enfermo rechace la del médico que quiere amputar el miembro podrido; pero hagámoslo con mucha cautela, no sea que al curar llagas envejecidas muera el paciente en nuestras manos: «Ne inter manus medici deficiat qui curatur.» Jamás hemos de increpar al pecador

sin asegurarnos ántes, examinando nuestra conciencia, de que es el amor lo que nos dirige: «Dilectione nos facere.»

Estas caritativas precauciones son mucho más necesarias cuando nos dirigimos á los que han abandonado á la Iglesia y naufragado en la fé. Los Santos Padres, y en especial San Agustin y San Juan Crisóstomo, que son indudablemente los mejores y más grandes apologistas de la Religion, los primeros y más profundos controversistas del Cristianismo, nos han enseñado con sus lecciones y sus ejemplos el modo de conciliar los sagrados derechos de la verdad con la caridad debida á los que yerran: estudien los jóvenes tan admirables modelos, y estamos seguros que jamás caerán en la tentacion de entregarse á esas vagas y acres declamaciones que, sin decir nada al espíritu de los incrédulos, sirven sólo para herir sus corazones, para irritarlos y hacerlos quizá más obstinados. San Juan Crisóstomo, recomendando que las verdades austeras de la Religion se prediquen con mucha piedad, «cum pietate multa,» y absteniéndose de palabras contumeliosas, dice: «Qui contumelia afficitur, audacior evadit, et contumeliosum magis contemnit.» San Agustin, centinela avanzado del Catolicismo, en constante lucha con los turbulentos herejes de su tiempo, defendió siempre la verdad con valor y con caridad: hablando en uno de sus sermones de los que se apartaban de la Iglesia católica, decia: «Et videmus, et toleramus, et quantum possumus reprimere conamur, disputando, convincendo, conviniendo, terrendo, tamen in omnibus diligendo.» «Ama al hombre, mata al error,» era la máxima de este gran Doctor, como la del Crisóstomo «non hæreticum, sed hæresim: non hominem aversor, sed errorem odio prosequor.»

Quando el orador ha conmovido con las figuras que acabamos de explicar las conciencias de los oyentes, vienen muy al caso los dulces acentos de la caridad; que pide el fruto de sus discursos á Dios, á sus Santos ó á los mismos oyentes; entónces se comete una figura que se llama obsecracion. ¡Cuán tiernas é interesantes son las deprecaciones con que daba expansion á su corazon amoroso el Apóstol de las gentes! ¡Cómo se revelaba el bello corazon de San Agustin en sus amorosas obsecraciones!

No era esta figura la única de que se servian los San-

tos Padres para interesar el corazón de sus oyentes y para templar la acritud de sus reprensiones; la caridad les inspiraba mil formas diversas. El Crisóstomo, después de reprender duramente á los que concurrían á los juegos del circo, les decía: «Asperiore fortasse reprehensione usi sumus: si spectetur quidem paternus hic amor noster asperiore; si autem gravitas delicti spectetur ne quidem satis digna.» Habiendo sabido que su doctrina sobre la comunión sacrilega había escandecido á sus oyentes, les decía: «Mis palabras, ántes de llegar á vuestro corazón, han herido ya el mio.» Un movimiento parecido á éste valió grandes elogios á Bossuet (1); mas en otro lugar transcribiremos algunos pasajes del Crisóstomo y San Agustín, para que los jóvenes vean que el orador francés nada dijo de nuevo en el fondo, ni tal vez en la forma.

No cabe aquí ni aún indicar las exquisitas precauciones que la caridad sugirió á los Santos Padres, atentos al provecho espiritual de sus oyentes y al remedio de sus necesidades, que les eran tan conocidas, como á un padre solícito las de su familia; pero no renunciamos á poner más adelante algunos ejemplos.

Recordemos siquiera un movimiento oratorio que manifiesta cómo la caridad concilia el rigor con la dulzura, abre nuevos caminos al celo del orador y hasta le inspira métodos que parecerían improcedentes al común de los oradores. Eutropio, favorito orgulloso y desvanecido, había menospreciado, en el apogeo de su fortuna, los saludables consejos de su Obispo y Patriarca San Juan Crisóstomo; en los últimos días de su favor despojó á las iglesias de la inmunidad del asilo. Gainas pidió el destierro del ministro, el pueblo se amotinó contra él, y abandonado y aún perseguido por el Emperador, se refugió á la iglesia, abrogando con esto la reciente ley del depojo que él mismo había causado: «Et suomet facto legem suam primus abrogavit.» Recibióle el Santo Patriarca con caridad entrañable, y valerosamente le protegió contra los ataques del pueblo y de las tropas imperiales que querían extraerle del lugar sagrado. Al día siguiente hubo en la iglesia un concurso extraordinario;

(1) *Tratado de la predicación*, por un superior de Seminario; lib. II, parte segunda, art. 1.º, pár. 2.º, pág. 453.—El pasaje de Bossuet está en el exordio del sermón para el día de Pascua.

abrió sus labios el caritativo y elocuente Patriarca, y dando á su discurso un giro contrario al que probablemente le hubiera dado un orador ménos discreto, se abstuvo de increpar al pueblo por sus desórdenes y deseos de venganza: acusó, por el contrario, y acriminó la conducta del favorito caído con recuerdos para él tan amargos y con invectivas tan vehementes, que el lector poco perito, al terminar la primera parte de este discurso, se sentirá inclinado á lamentar que el Santo se permitiera un lenguaje tan sarcástico y humillante; esta preocupación impedirá conocer la justicia de las acusaciones, y el mérito de las oportunas y delicadas salvedades que de vez en cuando hace el orador: mas el hombre de recto juicio que lea íntegro el discurso, y trasladándose al lugar donde se pronunció recuerde las circunstancias de aquel momento, admirará la inimitable destreza del Crisóstomo, quien en la segunda parte alcanzó un triunfo completo de los enemigos de Eutropio, excitando en sus corazones sentimientos de piedad y conmiseración, arrancando de sus ojos abundantes lágrimas y cambiando el odio en amor é interés hácia el objeto de su encarnizada persecución. Sólo el genio inspirado por la caridad cristiana pudo producir un discurso, bastante por sí solo para merecer al Crisóstomo el renombre de grande orador.

Al usar de la obsecración y otras formas parecidas ha de procurar el orador hacerlo de manera que, acomodándose á su auditorio, no deprima la alteza y dignidad de su ministerio; su elocuencia debe ser noble y familiar, como lo era la de los Santos Padres: ellos hablaban á sus fieles como un padre habla á sus hijos; desde el púlpito les daban cuenta á las veces de sus ocupaciones y cansancio, de sus enfermedades y tristezas, y de sus viajes: después de sus ausencias les manifestaban la pena que habían sentido de no poderles predicar, y alguna vez les referían en qué se habían ocupado y les pedían razón de la conducta que ellos habían observado por su parte: vindicábanse también á menudo de las críticas y acusaciones que contra ellos levantaban los pecadores ó los herejes.

No citamos estas particularidades para que los jóvenes las imiten, porque es harto difícil y arriesgado; nuestro objeto es convencerles de que la caridad es el mejor maestro de la predicación, y esta virtud fué la que enseñó á los Santos Padres el gran secreto de hablar de sí

mismos sin faltar jamás á la delicada modestia, ni á la elevada dignidad de su ministerio, ni á las necesidades de sus oyentes. San Agustín, instruyendo al predicador Deogracias, le declara los diversos movimientos que, según la variedad de los oyentes, imprimía en su corazón la caridad, y describe los oficios de esta virtud de una manera tan bella, que preferimos no traducir sus palabras, por no privarlas de su amor: «De me ipso testis sum, aliter atque aliter me moveri cum ante me catechizandum video eruditum, inertem, civem, peregrinum, divitem, pauperem, privatum, honoratum, in potestate aliqua constitutum, illius aut illius gentis hominem, illius aut illius ætatis aut sexus, ex illa aut illa secta, ex illo aut illo vulgari errore venientem: ac pro diversitate motus mei sermo ipse et procedit, et progreditur, et finitur. Et quia cum eadem omnibus debeatur charitas, non eadem est omnibus adhibenda medicina: ipsa item charitas alios parturit, cum aliis infirmatur; alios curat ædificare, alios contremiscit offendere; ad alios se inclinatur, ad alios se erigit; aliis blanda, aliis severa, nulli inimica, omnibus mater.»

LECCION XXVI.

Del buen uso del lenguaje figurado.

La lectura del comentario que hizo San Efrén del CANTEMUS DOMINO de Moisés nos ha sugerido la idea de copiar aquel divino cántico, cuya poesía y sublime elocuencia ha excitado la admiración de célebres literatos, entre ellos de Hersan y Rollin (1); con esto presentaremos en un solo cuadro la mayor parte de las figuras de que hemos hablado en la lección XIX y en las cuatro últimas, y sobre todo tendremos ocasión de ofrecer á nuestros jóvenes una lección práctica sobre el uso que deben hacer del lenguaje figurado.

Capítulo XV del Exodo.

V. 1. Tunc cecinit Moyses et filii Israel carmen hoc Domino, et dixerunt: Cantemus Domino: gloriosè

(1) Lib. iv, cap. iii, pár. ix, tomo ii, pág. 599.

enim magnificatus est, equum et ascensorem deiecit in mare.

EXCLAMACION.—SINÉCDOQUE.

2. Fortitudo mea, et laus mea Dominus, et factus est mihi in salutem: iste Deus meus, et glorificabo eum: Deus patris mei, et exaltabo eum.

METÁFORA.—METONIMIA.—ENÁLAFE.—IRONÍA: hácia los que despreciaban al Dios de Israel.

3. Dominus quasi vir pugnator (1), omnipotens nomen ejus.

COMPARACION.—METÁFORA.

4. Currus Pharaonis et exercitum ejus projecit in mare: electi principes ejus submersi sunt in mari rubro.

5. Abyssi operuerunt eos, descenderunt in profundum quasi lapis.

ENUMERACION.—DESCRIPCION.—GRADACION.—COMPARACION.

6. Dexteræ tuæ Domine magnificata est in fortitudine: dexteræ tuæ, Domine, percussit inimicum.

APÓSTROFE.—METÁFORA.—METONIMIA.—REPETICION.

7. Et in multitudine gloriæ tuæ deposuisti adversarios tuos: misisti iram tuam, quæ devoravit eos sicut stipulam.

PERSONIFICACION Ó PROSOPOPEYA.—COMPARACION.

8. Et in spiritu furoris tui congregatæ sunt aquæ: stetit unda fluens, congregatæ sunt abyssi in medio mari.

PERSONIFICACION.—GRADACION.—DESCRIPCION.

9. Dixit inimicus: Persequar et comprehendam, dividam spolia, implebitur anima mea: evaginabo gladium meum, interficiet eos manus mea.

DESCRIPCION CARACTERÍSTICA.—GRADACION.—DISYUNCION.

10. Flavit spiritus tuus, et operuit eos mare: submersi sunt quasi plumbum in aquis vehementibus.

METÁFORA.—APÓSTROFE.—COMPARACION.

11. Quis similis tui in fortibus Domine? Quis si-

(1) ¿Quién no recuerda la magnífica metáfora «Dominus potens in præliis» (Salm. xxiii, 8.)